

Revisión de argumentos epistémicos-conceptuales e históricos en torno a la relación entre mercado y capital en la teoría del valor de Marx. Una discusión con Axel Honneth

Juan Alberto Fraiman

Fac. de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos

Resumen

Nuestro escrito pretende realizar una aproximación a la relación entre mercado y capital en la teoría del valor de Marx, a partir de la controversial interpretación que Axel Honneth efectúa del marxismo en su reciente reivindicación del socialismo. Referiremos también a algunas fuentes historiográficas vinculadas con Braudel y su línea de pensamiento circulacionista para introducir argumentos históricos, por así decirlo, respecto a la problemática que nos atañe. De esa manera, planteamos un diálogo crítico con la perspectiva de Honneth en su interpretación del mercado en Marx. Por lo demás, entendemos que la manera en cómo se concibe la relación entre mercado y capital puede ser decisivo, en términos prácticos, para pensar la propia superación del régimen capitalista de acumulación social.

I. Presentación y contexto del debate en torno a Marx y el mercado.

En los últimos años, se ha renovado, en cierta medida, el interés y la discusión teórica social en torno a la significación y el lugar del mercado en la teoría del valor de Marx. En particular, la publicación del libro *La idea del socialismo. Una tentativa de actualización* de Axel Honneth (2017), director del Instituto de Investigación social de Frankfurt hasta el año 2018 y uno de los referentes actuales más importante de la denominada Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt, ha suscitado una serie de lecturas críticas y debates, involucrando al pensamiento de Marx en torno al mercado y su concepción general de la sociedad capitalista.

El libro de Honneth intenta ampliar su concepción de libertad social, presentada anteriormente de una manera más sistemática en *El derecho de la libertad. Esbozo de una eticidad democrática* (Honneth, 2014), en orden a desplegar con más detalles sus implicancias prácticas transformadoras del orden existente en un sentido progresista. De esa manera, el tópico central será ahora la noción de “socialismo” como idea que ha acompañado e inspirado a importantes movimientos sociales y teóricos a partir del siglo XIX. A su juicio, tal idea requiere una actualización que permita brindar, al mismo tiempo, los cimientos adecuados para una proyección institucional de la libertad social.

En ese marco, celebramos la intención de recuperar la noción de “socialismo”; término con frecuencia eludido o bien directamente desestimado como una “criatura intelectual del pasado” (Honneth, 2017: 12) en el *mainstream* de la teoría social contemporánea. A la vez, la noción de socialismo, articulada con su concepción de la libertad social en una relectura contemporánea de la *Filosofía del Derecho* de Hegel, se asocia con la libertad y con los valores de una democracia genuina y, podríamos decir, sustantiva, intentando alejarse de los típicos clichés que contraponen socialismo a las ideas de libertad y democracia.

Por otra parte, señalaremos como otro aspecto positivo el hecho de dirigir la discusión hacia la esfera de las prácticas económicas que hacen a las condiciones materiales de la vida social, en el contexto de la línea de pensamiento académico que este autor encarna. En gran medida, muchos de sus trabajos anteriores expresaban ya una cierta distancia con quien fuera su maestro, el reconocido teórico, también emblemático del ambiente intelectual francfortés, Jürgen Habermas, en lo concerniente a la interpretación de la economía capitalista como un ámbito puramente funcionalista e instrumental, en tanto logro evolutivo óptimo alcanzado por la sociedad moderna que ya no debería sufrir modificaciones sustanciales, a excepción del control a sus imperativos desmedidos (Habermas, 1987: 451-457). La primera tesis de Honneth (1997) acerca de la gramática moral de la lucha por el reconocimiento suponía, entre otras cuestiones, comprender las configuraciones presentes de las instituciones sociales, incluyendo al capitalismo moderno, como cristalizaciones transitorias de antagonismos y conflictos en diversas dimensiones de lo material, lo simbólico y las pretensiones normativas de grupos sociales enfrentados entre sí. En esta oportunidad, podríamos decir, el propio Honneth va más lejos al entender que las condiciones de realización de la libertad social implicaría el cambio de régimen social hacia una forma de vida socialista que afectaría incluso la organización misma de la producción económica.

Con todo, en la reivindicación del socialismo que efectúa el autor de marras se echaría de menos una mejor lectura de Marx. En efecto, Honneth considera más viable recuperar las perspectivas de Durkheim y del propio Hegel para llevar a cabo una actualización del socialismo liberado de presupuestos teóricos vinculados con el industrialismo,

la teleología de la historia y el obrerismo atribuidos a autores decimonónicos como Fourier, Saint Simon y, en particular, a Karl Marx. De esa manera, Honneth entreve la posibilidad de un socialismo exclusivamente “posmarxista” (2017: 110)

Sin dudas, se trata de consideraciones superficiales basada más en versiones trivializadas del pensador de Tréveris que en una lectura directa y atenta de sus producciones teóricas. Esto no debería sorprender tanto, si se tiene en cuenta que el mismísimo mentor de Honneth antes mencionado, Jürgen Habermas, se expresaba, ya hace unos cuarenta años, en términos similares al atribuirle a Marx una visión economicista de la vida social con el uso de las consabidas expresiones de base y superestructura (Habermas, 1987: 479-485). De alguna manera, Honneth conserva, en última instancia, estos persistentes prejuicios respecto a la interpretación de la obra de Marx a través de las distintas generaciones de la teoría crítica que hemos mencionado.

En verdad, el núcleo problemático de tales presuposiciones reside no tanto en abandonar o recuperar globalmente a Marx como figura intelectual descollante, sino en desestimar específicamente su teoría del valor-trabajo derivada de su crítica a la economía política. Esto es muy relevante, pues entendemos que pensar a Marx por fuera de la teoría del valor disminuye significativamente sus contribuciones en vistas a una transformación radical del orden existente fundado en la apropiación privada de los medios de producción y la extracción de la plusvalía en la fuerza de trabajo (Nieto Fernandez, 2020).

A nuestro entender, los orígenes del habitual descarte de la teoría del valor no lo encontraremos simplemente en la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética o en el surgimiento y predominio de los discursos posmodernos en el ámbito académico y el auge de las reformas neoliberales en las últimas décadas del siglo XX. En verdad, la desestimación de la teoría del valor comienza un poco antes, tras la proclamación del fin de la sociedad del trabajo al inicio de la crisis del Estado de Bienestar en los países centrales del capitalismo mundial (Offe, 1992). En ese contexto, se ha sostenido que el “trabajo” pierde centralidad como elemento socializador y constructor de identidades, como eje vertebrador de la estructura de clases, disminuyendo la importancia de los sindicatos y las fábricas en la dinámica del conflicto y el cambio social. En líneas generales, se decretará que la teoría del trabajo-valor y el antagonismo de clases pierden vigor explicativo y se revelarán como insuficiente para dar cuenta de las nuevas transformaciones y dinámicas sociales vinculadas con los movimientos pacifistas, el feminismo y las disidencias, el ecologismo, las luchas antisegregacionistas y racistas, etc. (Habermas, 1988).

Pues bien, en la reivindicación socialista reciente de Axel Honneth se insiste en atribuir a Marx una concepción de la sociedad subsidiaria del industrialismo decimonónico y de una concepción de la vida social centrada en el trabajo ya superada que, por lo tanto, devendría inviable para la fundamentación de un socialismo para nuestra época. En ese marco, Honneth le imputa a Marx una identificación del mercado con el capital (2017: 117), aspecto que justamente queremos discutir en este artículo.

Asimismo, Honneth declama la necesidad de abordar históricamente la cuestión del “mercado” y sus posibilidades concretas de representar una fuerza social a contrapelo de la acumulación del capital, en virtud de una orientación socialista. En ese sentido, rescata principalmente algunas consideraciones de Karl Polanyi y Edward Thompson. A nuestro entender, tales fuentes no resultan suficiente para proporcionar una fundamentación histórica más robusta acerca de la posible separación entre mercado y capi-

tal.

En ese marco, queremos introducir, en el segundo apartado (II “Mercado vs capital según los historiadores”), la perspectiva brindada principalmente por los estudios históricos de Fernand Braudel, proseguida por Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, dado que no sólo parten de una drástica separación entre capital y mercado, sino que además dicen basarse en el pensamiento de Karl Marx. Curiosamente, ni siquiera quienes ya han criticado la lectura que Honneth efectúa de Marx en la relación entre mercado y capital, han apelado a esta línea de pensamiento llamado también “circulacionista”.

Desde luego, el planteo circulacionista revela sus límites al llevar, a nuestro entender, muy lejos la distinción entre mercado y capital. Al respecto, haremos una referencia a la historiadora Ellen Wood para advertir algunos aspectos problemáticos en esta línea del pensamiento.

Por lo pronto, habrá que preguntarse cómo piensa Marx la relación entre mercado y capital y en qué medida su contraposición eclipsa o no al eje de todos los conflictos en una sociedad capitalista, la relación entre capital y trabajo, como señalarán algunos críticos del circulacionismo.

En el siguiente apartado (III “La crítica a la economía política de Marx como análisis dual”) vamos a resaltar el tratamiento dualista que Marx propone, a grandes trazos, para llevar a cabo su análisis del capitalismo. Tales apreciaciones contendrán implicaciones relevantes no sólo para establecer una concepción más *integral* del mercado, sino también para repensar los argumentos históricos que fundamentan una oposición entre mercado y capital.

Posteriormente, abordaremos (IV. La noción de mercado en Marx) la idea de mercado que aparece en el inicio de *El Capital* para desarrollar luego la conceptualización del capital (V. “Del mercado al capital”), siguiendo de la exposición del propio Marx. Allí mismo se propone una lectura alternativa de la articulación teórica entre ambos términos, de modo que la diferencia quede salvaguardada sin perjuicio de soslayar el conflicto estructurante del régimen social de acumulación propiamente capitalista, entre capital y trabajo.

De esa manera, en las conclusiones (VI. Empezar el regreso: del capital al mercado, Marx y la visión histórica sobre el capitalismo) planteamos una revisión de algunos argumentos informados históricamente acerca de la delimitación conceptual entre mercado y capital. Sin dudas, se trata de una tarea relevante no sólo para dar con una caracterización más ajustada de lo que llamamos capitalismo, sino también para pensar, en términos prácticos, su propia superación.

II. Mercado vs Capital según los historiadores

Indudablemente, la obra de Fernand Braudel, de la Escuela de los Annales, constituye una original contribución en los estudios históricos del mundo contemporáneo. Con un enfoque inusual, analiza los aspectos económicos entrelazados con el mundo social y la cultura, distinguiéndose tanto de una versión liberal clásica como también de las versiones marxistas más corrientes (Braudel, 1984). Sus análisis del capitalismo, desde el punto de vista que implica la “larga duración”, que se remontan al menos desde el siglo XV, ofrecen no sólo una nueva versión cíclica de desarrollo del capital sino una reformulación e incluso, podría decirse, una inversión de las categorías clásicas del aná-

lisis socioeconómico proveniente tanto de escuelas marxistas como liberales (Wallerstein, 1999: 227).

Giovanni Arrighi, siguiendo el planteo de Braudel, propone una reformulación de la fórmula DMD', pues puede interpretarse no sólo como la lógica de las inversiones individuales capitalistas, sino también como la pauta de comportamiento recurrente del capitalismo histórico como sistema-mundo. El proceso se dividiría en dos ciclos alternados: la primera fase es de expansión material, de mercancías, o acumulación (como una única senda de desarrollo continuo) y la segunda de expansión financiera. El ciclo sistémico de acumulación completo, como un desarrollo discontinuo que implica reestructuraciones y reorganizaciones radicales (Arrighi, 1999: 18-21).

Tal redefinición de la lógica del capital y del capitalismo, supone una visión económico-social, constituido por un estrato superior no especializado en el comercio que denominará Braudel (1984) como los "capitalistas" cuya característica más importante es la flexibilidad con la que los capitalistas pueden reinvertir en sectores con rentabilidad creciente, obteniendo ingresos a gran escala.

Los capitalistas no se distinguen entonces por comprar la fuerza de trabajo o desempeñarse en una rama industrial específica. La expresión más precisa, ya dada por Marx es directamente DD'. A ello se suma que cada ciclo tiende a conducir las inversiones hacia el sector financiero.

El capitalismo además es un proceso donde participa activamente el Estado y las distintas agencias gubernamentales. Pero no sólo el Estado es fundamental de la emergencia, conformación y reestructuración del capitalismo sino también que el capitalismo emerge como antitético a la economía de mercado (Arrighi, 1999: 23).

En verdad, el capitalismo constituiría el estrato superior de una sociedad pensada en tres niveles: en primer lugar, el estrato inferior de la vida material, de la subsistencia, impenetrable para el capital, pero sobre sus bases se monta. Es el históricamente más amplio y se trata de la economía de la subsistencia, o de la no-economía. Sobre tal estrato se erige la "economía de mercado" consistentes en múltiples conexiones horizontales entre mercados, se aprecia comportamientos automáticos regulados por la oferta, la demanda y los precios (Wallerstein, 1999).

El hogar real del capitalismo aparece recién en la capa superior, como un tercer estrato, pero allí no hay ley, sólo depredación y relaciones monopólicas; tal es así que se erige como una zona de "antimercado", según Braudel (1984).

Tal es así que el mercado como tal ya existía previo a la emergencia del capitalismo como un sistema distendido y considerablemente amplio que es posible datar del medioevo e incluso mucho antes. Incluso, ya existían "capitalistas" en remotas regiones del Extremo Oriente, la India y el archipiélago de Indonesia, previos a la Europa moderna.

Esas grandes regiones comerciales han representado también estructuras políticas independientes, en principio un tanto dispersas entre sí, en competencia por atraer el capital y potenciar su desarrollo, fueron luego tejiendo vínculos interestatales hasta constituirse un único bloque dominante a nivel mundial, con epicentro en el continente europeo para constituir, por primera vez una economía-mundo verdaderamente global.

En ese marco, un rol importante jugaban las deudas nacionales, ya señaladas por Marx, que permitían coordinar el interés privado con el estado y reasegurar la inversión. Los estados también cumplían una función de prestamistas y de renegociación de los

títulos públicos. Así se expresa también cómo el dinero se convierte en capital, en fluidez y libertad. La deuda pública se convierte en títulos públicos que se van renegociando, con menos riesgos que la industria o la usura privada (Arrighi, 1999).

Se van conformando grupos dominantes que construyen al mismo tiempo, el capital como el estado, la acumulación capitalista y la construcción del aparato estatal: con metrópolis, redes de poder y capacidad de control mundial que se iba extendiendo, con un desarrollo cada vez más complejo y efectivo de los recursos organizativos: promover-organizar y regular los excedentes (Arrighi, 1999: 28). Los grupos detentan la capacidad de establecer precios convenientes y acuerdos en diferentes ramas de la economía, tanto de insumos básicos como de consumo de bienes de lujo, configurándose relaciones monopólicas fundamentales, al mismo tiempo que poseían la capacidad de desplazarse de ramas de la industria, producción y finanzas, según la conveniencia del momento, apoyados normalmente por la estructura organizativa que ofrecían los estados de aquel entonces. La fusión del Estado y el capital es fundamental para la emergencia de un estrato capitalista específico (Arrighi, 1999: 34-35).

En suma, la visión derivada de estos autores supone importantes aportes respecto a pensar el desarrollo del capitalismo en una *Economía-Mundo* en un sistema inequívocamente internacional, de redes de estados nacionales que constituyen un aspecto central y constitutivo. Los estados organizan e impulsan una capa superior de desarrollo económico, por así decirlo, depredador y monopólico del resto de vida productiva social. Tal perspectiva resulta muy interesante para desmontar el mito, si se quiere, del capitalismo emergiendo en la historia de la Humanidad como resultado de una evolución natural que va expandiendo un mercado cada vez más libre y próspero.

Así, la contraposición entre mercado y capital es aquella entre lo rígido y lo flexible, lo inespecífico y lo especializado, entre lo horizontal y lo jerárquico, entre lo transparente y lo opaco. En particular, la fluidez o la libertad de movimiento permiten al capitalista, en el marco de un desarrollo mundial, desplazarse desde regiones y sectores de la economía que de pronto, por ejemplo, dan menos rentabilidad a otros con más ventaja. Aunque, desde luego, la capacidad de desplazarse, la fluidez o liquidez se manifieste de manera emblemática en las finanzas, en el dinero devenido en capital y otros recursos financieros que pueden circular con facilidad: títulos de deuda, letras de cambio, participaciones accionarias, etc.

Esa misma particularidad rompería, además, con las rígidas divisiones entre capital industrial, mercantil, financiero, etc. De alguna manera, esta visión estaría fundada en una versión “circulacionista” del análisis del propio Marx, en cuanto no dar primacía a la esfera de producción ni ontologizar su demarcación de la circulación propiamente dicha (Wallerstein, 1999: 175).

Sin embargo, surgen algunos interrogantes, desde una perspectiva marxista, con respecto al rol que ocupa la extracción de plusvalía a través de la explotación laboral específica del capitalismo. Si, en efecto, hay una secundarización del conflicto de clases, desplazado por el conflicto o las contradicciones entre mercado y capital que podría representar distintas ramas de la propia burguesía (mercantil y propiamente financiera). Así, por ejemplo, si el capitalista está caracterizado, por definición como un actor capaz de desplazarse con facilidad por diversos mercados, entonces se relativizaría el hecho elemental de contratar fuerza de trabajo a cambio de un salario.

Por caso, el planteo de la historiadora Ellen Wood (2021), situando el surgimiento del capitalismo en la transformación de la campaña inglesa durante el siglo XVII, a diferen-

cia de esta corriente circulacionista que sitúa el origen mucho antes, en las grandes ciudades del norte de Italia, principalmente en Génova. Para Wood, recién en la Inglaterra del siglo XVII –previo a la revolución industrial- se genera una relación estrictamente capitalista entre campesinos proletarizados - siervos y participantes en propiedades comunales - y arrendatarios que compran la fuerza de trabajo para cultivar la tierra o destinarla a la cría de ganado¹.

Esto significa que la etapa anterior todavía pertenece a un mercantilismo precapitalista que se sustentaba en el comercio, cuya ganancia provenía principalmente del intercambio mismo, aprovechando las ventajas comparativas de un país con otro, pero que de ninguna manera podría considerarse como parte de la conformación del capitalismo. El capitalismo nace, para Wood, como una realidad nacional en Inglaterra, luego se expande en forma de colonización por las islas británicas – el gran ejemplo de la introducción de la misma lógica productiva en Irlanda – y posteriormente más allá de Gran Bretaña, dado que el modo de producción contiene una lógica colonizadora y expansiva.

Vale aclarar, en el caso de Ellen Wood, no se preserva la distinción entre capital y mercado; en todo caso, aparecen las expresiones mercado capitalista y mercados precapitalistas, aunque no se termina de aclarar la diferencia y por momentos el término mercado o el proceso de mercantilización parece equivaler directamente a expansión del capitalismo. Se podría echar de menos una profundización de esa distinción, pero evidentemente queda claro que son dos elementos mutuamente excluyentes, el capitalismo desplaza al mercado “precapitalista”; en tanto el enfoque de Braudel y Arrighi contempla un vínculo sistemático entre ambos términos.

III. La crítica a la economía política de Marx como análisis dual

Por su parte, Marx señala el carácter dual o bifacético (2021: 43-51) de la estructura social capitalista que requiere al mismo tiempo emplear categorías de análisis dualistas. Se trata efectivamente de una situación históricamente inusual que no se puede proyectar sin más hacia el pasado ni considerarlo como una determinación social permanente. El dualismo manifiesta, por un lado, el carácter concreto, sensorial e individualizable de los objetos y las prácticas humanas y, por otro, los aspectos más abstractos, cuantificables y generalizables del mundo social, como si fueran dos dimensiones siempre presentes –en un tipo de organización social específica - e irreductibles entre sí.

Así, nos topamos con objetos “útiles”, que satisfacen necesidades, que son corpóreos, singulares y expresan así un “valor de uso”. De la misma manera que cada actividad humana supone una especificidad y una finalidad concreta, pueden ser valoradas en sus particularidades.

Al mismo tiempo, las prácticas humanas generan constantemente ingentes cantidades de sustancia indiferenciada que se puede abstraer, medir, fraccionar y comparar entre sí (Marx, 2021: 47). Se trata del trabajo en su consideración abstracta que halla en cada producto realizado su objetivación y se expresa como valor de cambio o, directamente, valor.

Tanto las actividades humanas como los objetos que ellas producen, en el marco del modo de producción capitalista, adquieren esta doble faceta, como valores de cambio y de uso. Se constituyen como “trabajo” y “mercancía”, respectivamente.

La naturaleza dual del trabajo y la mercancía supone un vínculo de oposición y de

complementariedad entre ambos planos que no se suprimen entre sí. Tampoco dicha relación contiene en sí misma una inequívoca señal de su futura transformación hacia una unidad superadora. Nada nos permite afirmar que representan el estadio final e inmodificable de un sendero evolutivo.

Como anticipáramos unas líneas antes, el carácter doble de la producción social requiere un “un punto de vista doble” que Marx denominará respectivamente cualitativo y cuantitativo (2021: 43-44). Lo cualitativo significará la apreciación de las cualidades intrínsecas de cada mercancía, en su valor de su uso, como producto de una labor específica, como plasmación de una finalidad idealmente proyectada por cada acción humana. El quehacer humano es considerado en sus aspectos más concretos y significativos según los propios agentes, sus fines y necesidades. De alguna manera, la mirada cualitativa debe recuperar el punto de vista de los propios agentes implicados y el trasfondo significativo que envuelve sus interacciones.

Por su parte, la perspectiva cuantitativa es aquella que prescinde de las cualidades concretas que poseen cada actividad humana y las mercancías producidas en virtud de su uso, para dar cuenta de la cantidad de valor generado. Por así decirlo, se eleva más allá de la condición corpórea y finalística de cada objeto y quehacer social para estimar cantidades de trabajo abstracto objetivado.

La mirada cuantitativa trata de aprehender la conjunción de los factores objetivos y subjetivos que, combinados entre sí de diversas maneras, incidirán en la capacidad de añadir valor. En ese sentido, identificará los componentes constantes y variables, y las relaciones de proporción entre ellos para medir tasas de rentabilidad o de decrecimiento, según corresponda.

El discernimiento cuantitativo necesita depurar los rasgos singulares de cada fenómeno y construir casos puros que permitan poner de manifiesto con mayor claridad las leyes y mecanismos subyacentes en los procesos productivos. Por lo tanto, lo cuantificable apunta hacia la elaboración de explicaciones científicas, mediante leyes, de los fenómenos económicos.

En particular, la explicación de las determinaciones en las magnitudes de valor de las mercancías y sus variaciones, de acuerdo con la composición de todo el aparato productivo, sobrepasan la comprensión práctica de los propios agentes implicados. Esto representa lo que en términos de más contemporáneos constituye el análisis estructural y sistémico, en contraposición con el acceso fenomenológico-interpretativo de la realidad social.

En suma, la crítica a la economía política emprendida por Marx en *El Capital*, al menos en sus páginas iniciales, comprende el abordaje alternado de lo cualitativo y cuantitativo sin suprimir o privilegiar un plano por sobre otro. Esa doble vía de acceso a la realidad social halla su fundamento en la constitución dual del trabajo y la mercancía.

IV. La noción de mercado en Marx

El sendero expositivo que recorre Marx por la doble vía va a tener una peculiaridad, que suele no subrayarse suficientemente. En particular, el hecho que Marx arriba a la conceptualización primera del capital, como lógica específica del mundo productivo moderno, a través del mercado, como categoría teórica previa. Esto es, el mercado se diferencia conceptualmente del capital y lo antecede; veamos eso brevemente.

Según el orden de la exposición, Marx parte del concepto de mercancía y luego del trabajo, en su naturaleza dual que desemboca en la distinción entre valor de uso y valor de cambio. El primer capítulo desarrolla también las distintas determinaciones del valor, sus formas simple, total y general. Los dos capítulos siguientes que completan la primera sección abundan en el proceso de intercambio, la circulación de las mercancías y a través de ellas, el funcionamiento del dinero. La noción de capital aparece recién en la segunda sección, cuando el dinero cumple una específica función en el marco del proceso de valorización del capital que mencionaremos más adelante (Marx, 2021: 43-179).

Por lo pronto, la figura del mercado aparece antes que el capital, si se tiene en cuenta que Marx hace referencia al intercambio de mercancías y sus circunstancias, sin todavía mencionar la formación del capital.

En concreto, el mercado se constituye como el ámbito en el cual se produce el intercambio de mercancías. Pero no se trata de un espacio dado *a priori*, sino consustancial a las propias mercancías, que se producen justamente con intenciones de ser “intercambiadas”. La naturaleza dual del trabajo y de las mercancías se proyectan también en el propio intercambio; esto es, Marx va a considerar al mercado en su doble faceta.

Desde el punto de vista cualitativo, Marx señala que el intercambio es llevado a cabo por determinado tipo de agentes, que se constituyen como poseedores de mercancías quienes, manera libre y voluntaria, se disponen a ceder su propia mercancía, a cambio de otra (2021: 103).

El intercambio no puede ser sólo un proceso individual. Aunque cada individuo ingresa al mercado para satisfacer sus propias necesidades, al mismo tiempo debe poseer mercancías cuyo valor de uso está destinado a satisfacer las necesidades de los otros (Marx, 2021: 105). De esa manera se da una relación de reciprocidad que debe cumplir con ciertas condiciones normativas: cada miembro del mercado es considerado una persona libre e igual a las demás que no puede sacar ventajas gananciales sobre los demás, sino que debe satisfacer sus necesidades y colaborar para satisfacer las necesidades de los demás en la misma medida.

Por lo demás, el intercambio de mercancías no es equivalente al trueque directo. En ese marco aparece el dinero en sus distintas funciones, en especial como equivalente general de todas las mercancías, como patrón de medida y medio de expresión del valor de cambio que permite el intercambio entre equivalentes más allá de las diferencias cualitativas entre las mercancías y, como medio de pago, el dinero refleja un quiebre en las transacciones directas y una religazón mediada por la *promesa* que adquiere el acto del comprador al entregar billetes válidos para realizar otros intercambios y la *confianza* del vendedor de conferir validez a esa promesa. Pero eso debe funcionar también de manera recíproca: hay una promesa de satisfacción de las necesidades del comprador, quien a su vez debe confiar en el producto adquirido.

En ese sentido, cada acto global en el mercado se constituye como un proceso doble de ‘metamorfosis’ que incluye, en su forma básica, el intercambio de mercancía y por dinero y luego dinero por mercancía, representándose con la conocida fórmula: M-D-M, y sintetizada en la frase: *vender para comprar*. Cada poseedor de mercancías busca vender su producción para luego comprar algo que él necesita (Marx, 2021: 129-130).

Más allá del punto de vista de cada actor interviniendo en las compras y ventas de mercancías, debemos apuntar a otros condicionantes que las hacen posible. En primer término, una necesaria división del trabajo (Marx, 2021: 52) que implica que cada pro-

ductor realiza su trabajo de manera privada e independiente de los demás y luego se enfrentan en el mercado como personas que requieren otras mercancías para satisfacer sus necesidades, a la par que ofrecen algo que buscan satisfacer las necesidades de los demás.

La división social del trabajo configura a cada persona como un ser que produce específicamente un tipo de mercancías destinado a otras personas, pero ella misma no suprime, desde luego, las múltiples necesidades con las que carga cada uno. En otras palabras, cada miembro del mercado produce de manera *unilateral*, mientras que no deja de ser alguien con necesidades *multilaterales*.

El punto de vista cuantitativo nos muestra cómo se entrecruzan y se concatenan todos los procesos de circulación de mercancías entre sí, todas las series de metamorfosis extendiéndose indefinidamente, rompiendo con las relaciones comunitarias, de trueque directo, etc. Se va constituyendo un sistema, si por así decirlo, de interdependencia multilateral entre individuos iguales que intercambian cosas distintas, pero cuantitativamente equivalentes.

El intercambio de equivalentes cuantitativo emerge como una regla constitutiva del juego del mercado. En sentido estricto, cada miembro es a la par un comprador y un vendedor de mercancías, de manera tal que cualquier ‘ventaja’ personal como vendedor o comprador sobre los demás participantes del juego, lo afectará en el rol alternativo: Cualquier venta por encima de su valor del mercado, repercutirá a la hora de tener que actuar como comprador de mercancías y viceversa.

Marx es muy claro en señalar que el robo y el fraude no pueden concebirse como elementos más que ocasionales y espurios al mercado. Por ejemplo, resulta inconsistente explicar la magnitud de valor que está operando en una transacción como el reflejo de la determinación voluntaria de una persona por sobre otra. Nosotros podemos añadir que esa visión espuria del mercado se debe a la reducción indebida de lo cualitativo-subjetivo en lo sistémico-estructural.

El juego de equivalentes que opera en el mercado se expande y rompe con las relaciones comunitarias que establecen intercambios esencialmente desiguales provocados por vínculos de desigualdad personalizados. Allí no tiene sentido hablar de igualdad y de libre voluntad que mutuamente se atribuyen entre sí los participantes de las transacciones.

El mercado, como transacción entre iguales, representa la disrupción del estado de ensimismamiento y de solipsismo en la forma de resolver las necesidades materiales de las personas y los pueblos. En todo caso, desde un punto de vista histórico, es posible identificar gérmenes y desarrollos mercantiles en diversas culturas que se han dado por encima de las relaciones de dominio idiosincrático en cada pueblo en particular, aunque su predominio en la producción económica se da en la sociedad moderna.

V. Del mercado al capital

Ciertamente, para Marx, la circulación de las mercancías o lo que hemos dado en llamar el mercado, es el punto de partida (2021: 179), tanto histórico como conceptual, del capital. Una primera caracterización básica del capital debería aludir a un tipo especial de transformación de las mercancías que tuviera como resultado final el aumento en su valor de cambio. Pero Marx alude a una mercancía en específico; esto es, al dinero como capaz de transformarse en más dinero. Entonces, aparece la conocida DMD’, tal que D`

sea mayor que D (Marx, 2021: 180).

Aquí también tenemos, como en el caso del mercado, un proceso de metamorfosis doble, constituido por el intercambio de mercancías y dinero, aunque las funciones y los resultados son diferentes. Además, la exposición de la lógica del capital requiere también de un tratamiento dual, como veremos a continuación.

En primer lugar, la apreciación cuantitativa registra el incremento de valor en su versión prolongada como continuo proceso de valorización o la autovalorización. La mirada cuantitativa es capaz de deducir el 'plusvalor' generado a partir de cierta cantidad de valor inicial. El movimiento mismo es autoconstituyente y configura una lógica despersonalizada que se instituye más allá de las percepciones y voluntades de quienes participan en este proceso. Marx lo concibe como una maquinaria con vida propia o un sujeto *per se*.

La diferencia crucial con la noción de mercado o circulación mercantil simple reside justamente en el curioso fenómeno del plusvalor. Dicho aspecto es clave en las controversias que Marx mantiene con las teorías económicas que intentan explicar el proceso de valorización a través del mero intercambio mercantil.

Si nos atentemos a la definición de mercado previamente analizada, la creación de plusvalor está sistemáticamente impedida, porque el intercambio se hace entre equivalentes. Aun admitiendo que pudiera existir fraude, trampa o privilegios de parte de algunos vendedores o compradores en detrimento de otros, no significaría más que una redistribución diferente de los valores, pero no el incremento cuantitativo de valor.

Como es sabido, la generación de plusvalor se da gracias a la existencia de una mercancía muy especial que se denomina fuerza de trabajo y se constituye en fuente de creación de valor. La fuerza laboral se compra a cambio de un salario que representaría, como mínimo, el valor equivalente al costo de mantenimiento físico-corporal y psíquico del trabajador y el de sus descendientes que tomarán el relevo, cuando su organismo ya no pueda soportar el despliegue de la actividad laboral.

La inferencia de tipo teórica deductiva que realiza Marx, en estos pasajes de *El Capital*, determina que únicamente la introducción de la fuerza de trabajo como factor productivo explica la generación del plusvalor. Esto es, si desglosamos la magnitud de valor expresada en la mercancía como resultado final de un proceso productivo, nos encontraríamos con que allí se traslada de manera inalterable el valor de todos los factores objetivos necesarios para la producción (los insumos y las maquinarias utilizadas incluyendo su posible amortización o desgaste por el uso continuo) más el costo laboral.

Sin embargo, para que el producto final se considere una D' , es decir, una determinada cantidad de valor excedente en relación con la composición original del aparato productivo debe presuponerse que la fuerza de trabajo originó más valor incluso de lo que recibió como paga para cubrir su mantenimiento.

Con más precisión, Marx identifica que el plusvalor ocasionado en el producto final se deriva de un plustrabajo que lleva a cabo el trabajador sin recibir, necesariamente nada a cambio. Tal intercambio desigual, se torna imprescindible para la generación de plusvalor; necesario al mismo tiempo para la reproducción ampliada del capital.

En ese sentido, si seguimos el razonamiento previo, debemos derivar el funcionamiento de la fórmula DMD' de la posibilidad de la existencia de fuerza de trabajo disponible y la realización de su transacción en el mercado

Ahora bien, este tipo de transacción supone ciertas condiciones que exceden aquellas que hemos precisado para el mercado, al menos en su forma más pura y simple. Pues, en este caso, se debe añadir la preexistencia de individuos libres, dice Marx, en un doble sentido. No sólo como individuos poseedores o propietarios de su fuerza de trabajo; sino también ‘liberados’ de cualquier medio de producción que le permita procurarse de su sustento. El trabajador moderno o proletario, se constituye como nuevo sujeto dueño de sí, de su fuerza de trabajo, de su capacidad laboral, de su corporeidad y las de sus vástagos. Nada menos, pero nada más que eso.

Al mismo tiempo, se enfrentaría al capitalista, propietario no sólo de sí mismo, sino también de medios de producción y suficiente dinero para comprar esa fuerza de trabajo disponible.

Tenemos entonces los dos actores sociales más importantes implicados vitalmente en esta lógica de la valorización del valor: el capitalista y el trabajador. El trabajador, en términos fácticos, está obligado a vender su fuerza de trabajo para procurar su sustento y el capitalista procura obtener y adueñarse de una ganancia en dicha transacción. De esa manera se constituye una subordinación del trabajo al capital; una relación esencialmente inequitativa y coactiva, en último término.

VI. Emprender el regreso: del capital al mercado, Marx y la visión histórica sobre el capitalismo

Nuestro breve recorrido se basa en los primeros pasajes de *El Capital* que estimamos suficientes para al menos señalar que Marx, como afirmaría Honneth, no confunde mercado moderno con sistema capitalista; si bien hay una conexión esencial entre ambos términos, pues no habría capitalismo sin mercado, la conformación conceptual del mercado merece un tratamiento específico.

Indudablemente, un aspecto nuclear del capitalismo lo constituye la generación de plusvalor como el evento crucial que no puede ser explicado en términos de las estrictas relaciones mercantiles. Más bien, tendría que ver con aquel recóndito lugar en donde sucede la explotación laboral, en contraste con el ámbito abierto, libre e igualitario de las transacciones mercantiles.

No obstante, la compra de fuerza de trabajo donde emerge el plusvalor, no escapa a las reglas generales del mercado. El capitalista compra y hace uso legítimamente de una fracción de fuerza de trabajo para poner en marcha el proceso productivo, sin violentar las condiciones mercantiles. El trabajador, al mismo tiempo, es considerado un propietario que vende su mercancía, a saber, la fuerza de trabajo, por un salario

Ahora bien, los requisitos extras que trazan finalmente la lógica del capital en su totalidad son leídos por el propio Marx desde los lentes conceptuales del mercado. Pues Marx apunta a las inequívocas condiciones de desigualdad y coacción que presupone el contrato de fuerza de trabajo, si lo juzgamos con los propios ojos del libre mercado.

Para Marx, entonces, el mercado constituye no solo un paso conceptual, un tránsito expositivo desde el trabajo y la mercancía hacia el capital sino también los cristales teórico-normativos a través del cual interpreta la lógica del capital como una específica relación de continuidad, extensión y, a la vez, ruptura lo propiamente mercantil.

Al mismo tiempo, el abordaje histórico que nos proporciona los autores denominados circulacionistas nos proporciona un cierto anclaje empírico para aterrizar tal contraste

teórico entre mercado y capital. Las relaciones mercantiles horizontales constituyen un basamento importante a partir del cual emerge, por así decirlo, la rapiña capitalista, cuyo accionar se fundamenta en el hecho de poder quebrar con los principios mercantilistas.

Ahora bien, ¿hasta qué punto conviene simplemente oponer los principios constitutivos del mercado con la lógica del capital? Tal ontología social sitúa la contradicción principal, que anima la dinámica de la sociedad moderna, en el vínculo parasitario entre capital y mercado, pero parece desplazar del centro la relación de explotación entre los trabajadores y los propietarios de los medios de producción. Por ejemplo, el típico caso de las disputas entre usureros financieros y mercaderes en las etapas tempranas del capitalismo genovés o de los Países Bajos, no debe hacernos olvidar la gravitación que puede haber tenido las fuerzas de trabajo disponible en esos conflictos.

Por otra parte, la exposición de Marx, lejos de quedarse con esa contraposición, parece establecer también líneas de continuidad entre mercado y capital. En cierta medida, como hemos dicho antes, las relaciones sociales del capital no suceden por fuera del mercado, aunque actúan en gran medida en flagrante contradicción interna. En ese sentido, cabría la posibilidad de pensar a las relaciones capitalistas como una expresión del mercado, aunque transfigurado. De manera que no se trata simplemente de asimilar al mercado con el capital, pero tampoco vale aceptar una rígida contraposición.

Por último, creemos que conviene seguir discutiendo los posibles sentidos del término "mercado": hasta qué punto el horizonte socialista propiamente marxista que refiere a una asociación de libres productores, una socialización de los medios de producción y una democratización genuina de la economía, podrían pensarse como un "mercado", pero volcado a cubrir las genuinas necesidades de sus miembros y a desplegar además sus capacidades individuales y colectivas, sin sufrir las restricciones que significan la apropiación privada de los medios de producción ni la lógica de acumulación del capital. Expresado con otros términos, que no se rija por la ley de valorización del capital ni tampoco por una burocracia verticalista que decida la orientación de la producción y el intercambio con independencia de los mismos actores sociales.²

Referencias bibliográficas

- Arrighi, Giovanni (1999) *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid: Akal.
- Bidet, Jacques (1993) *Teoría de la modernidad. Marx y el mercado*, Buenos Aires: Ediciones El Cielo por asalto.
- Braudel, Fernand (1984) *Civilización material, economía y capitalismo, siglo XV y XVIII. Tomo II. Los juegos del intercambio*, Madrid: Alianza Editorial.
- Braudel, Fernand (1984) *Civilización material, economía y capitalismo, siglo XV y XVIII. Tomo III. El tiempo del mundo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Garrido, Luis (2013) “A cuarenta años de *El moderno sistema mundial*: la polémica Brenner-Wallerstein o la dicotomía entre relaciones de producción y fuerzas de mercado”, *Revista Izquierdas*, núm. 17, Universidad de Santiago de Chile, pp. 28-63.
- Habermas, Jürgen (1987) *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid: Taurus.
- Habermas, Jürgen (1988) “La crisis del Estado de Bienestar y el agotamiento de las energías utópicas” en Habermas, J. *Ensayos políticos*, Barcelona: Península, pp. 113-134.
- Honneth, Axel (1997) *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona: Crítica.
- Honneth, Axel (2014) *El derecho de la libertad. Esbozo de una eticidad democrática*, Buenos Aires: Katz.
- Honneth, Axel (2017) *La idea del socialismo. Una tentativa de actualización*, Buenos Aires: Katz.
- Marx, Karl (2021) *El capital. El proceso de producción del capital. Tomo 1/Vol. 1. Libro Primero*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Moreno Pestaña, José Luis y Romero Cuevas, José Manuel (2022) *Recuperar el socialismo. Un debate con Axel Honneth*. Madrid: Akal.
- Nieto Fernández, Maxi (2020) “¿Un Marx sin economía? Crítica de la teoría del valor como ‘análisis de las formas’”, en *Revista Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 37 (3), 495-501.
- Offe, Claus (1992) *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas del futuro*, Madrid: Alianza Editorial.
- Romero Cuevas, José Manuel (2016) *El lugar de la crítica. Teoría crítica, hermenéutica y el problema de la trascendencia intrahistórica*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Trotsky, León (1933) *El fracaso del plan quinquenal: la economía soviética en peligro ante el segundo plan quinquenal*, Buenos Aires: Nueva época.
- Wallerstein, Immanuel (1999) *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México: Siglo XXI.
- Wood, Ellen M. (2021) *El origen del capitalismo. Una mirada a largo plazo*, Madrid: Siglo XXI.

Notas

¹ También se podría desplegar las objeciones importantes que plantea Robert Brenner a la perspectiva de Wallerstein, pues parece omitir que cualquier relación mercantil presupone las relaciones sociales de la producción capitalista que establece fundamentalmente el trabajo asalariado y la propiedad privada de los medios de producción (Garrido, 2013)

² Al respecto, nos parece muy instructivo las críticas que ha efectuado León Trotsky (1933) al segundo plan quinquenal llevado adelante por Stalin, en tanto señala los límites de una economía planificada de una forma extremadamente verticalista y la importancia de una democratización de la organización de la producción y el consumo.